

Víctor Ramírez
NOCHEBUENA

A mis alumnos y alumnas del curso pasado, para que tengan presente que la esperanza no sólo es ilusión.

A pesar de la excitación que lo embargara durante todo el día, y contra lo a suponer, Santiago sí lograría conciliar preciso y repentino el sueño, justo nada más caer, vestido y calzado, en la cama: lo que hube de achacar a la reciente velada plena de ajetreos eróticos que habría tenido con la señora viuda del tal Erikson, su última conquista amorosa según me habían informado. Insomne, ya aburrido de tanto esforzarme en dormir, yo lo había sentido abrir con la torpeza del borracho el portón de la calle, yo lo había imaginado atravesar con mal simulado sigilo el pasillo hacia el retrete, yo lo había oído nítidamente orinar con largueza, yo lo había oído seguidamente subir la escalera con el ruidoso temor del que no quiere hacer ruido, yo lo vi surgir en el penumbroso marco de la puerta de nuestro dormitorio tras abrirla con esa típica ansiedad del que llega al muelle luego de una larga travesía, yo lo vi botarse con el abandono de los satisfechos sobre la cama vieja de matrimonio que comparte conmigo, su hermano menor. Mamá duerme abajo, en el cuartito junto a la cocina y en la cama de un cuerpo, turca, que había sido durante mucho tiempo de la abuela Mariana en paz descanse. Las niñas, mis tres hermanas, lo hacen en la alcoba que fue de papá y mamá, aquí al lado y en tres camitas preciosas y llenas de muñecas. Santiago es el mayor y ya se midió para el cuartel. Sí, yo soy quien le sigue en edad. Como supuse, mamá subía con un vaso de leche calentita que puso sobre la mesita de noche tras encender la lamparilla. Yo seguí fingiendo dormir, de espaldas a Santiago, que se había despatarrado a sus anchas. Sentí el zarandeo suave de mamá en el hombro de Santiago, su voz al oído de mi hermano para no despertarme: Chaguito, Chaguito, anda y toma esta lechita, anda, que te hará bién, Chaguito. Así estuvo hasta que lo daría por imposible, pues Santiago sólo respondía con resoplidos e incoherencias, tan fuerte lo había trincado el sueño, dichoso. Mamá apagó la lamparilla entre suspiros de resignación, y se fue pero había dejado el vaso con la leche en la mesita. Me levanté, rodeé la cama por los pies, toqué por si quemaba el vaso, esperé un poco a que se enfriara y me bebí a sorbitos la leche. Miré el reloj, eran las cinco menos diez y así supe que llevaba sin poderme dormir casi cuatro horas y media, y gracias a que no me lo había tomado tan a pecho, y

gracias. Aproveché que me hube levantado para entornar casi del todo la ventana, que había abierto de par en par a causa del sofocón que me entró al principio del insomnio cuando más forcejeaba por dormir y porque ahora se metía un frescor que molestaba lo suyo: el cielo estaba totalmente limpio, plagado de estrellas diminutas y la luna no se veía por ninguna parte. Durante breves momentos me detuve a contemplar el rostro apacible de mi hermano, su boca entreabierta, el filo de sus dientes superiores rozando apenas el labio inferior, lo que le daba ese aspecto de sonriente socarrón que tanto agradaba a las amigas de mis hermanas, la vibración imperceptible de las aletillas de su nariz al compás de una respiración mansa, inocente. Le quité los zapatos y lo tapé con una sábana que había sobre la silla de mi lado. Volví a tenderme y volví a cerrar los ojos e intentar no acordarme del pecado, no acordarme de que hay gente que no están en gracia, no acordarme de papá, no acordarme, no, de papá, no acordarme del otro Santiago, del Santiago que no hacía mucho estuvo con la viuda sueca, del otro, no de éste que dormía a mi lado, éste tenía que estar en gracia, éste no podía haber perdido el derecho a ser hijo de Dios, ese rostro no podía ser enemigo de Dios, no, no acordarme de que habría dos Santiagos, tres, miles, infinitos Santiago, como tantos yo habría en mí, como tantos papá habría ¿tantos? en papá. Y como no quería recordar esta tarde víspera de Navidad, papá papá papá, y como no quería recordar ese besito en la mejilla de imprevisto cuando el cura nos recomendaba desde el altar que la paz estuviera con nosotros, Carmenrosa Carmenrosa Carmenrosa tu sonrojo sonriente y mi sonrojo enervante, y como no quería recordar a mamá encabezando la cena festera sin papá y sin Santiago, su fingida alegría y las canciones perturbadoramente alegres de las niñas, y como no quería imaginar a Santiago con la sueca celebrando su particular Navidad, y como no quería imaginar a papá en su: oh Dios oh ¿por qué tanto no y no, por qué? Papá esta tarde, de imprevisto, después de muchísimo tiempo sin verle, años, huidizo, saliendo de aquel restaurante tan malo, su andar triste, tan envejecido, tan desaliñado, y sin las gafas, cegato, pasando a mi lado sin verme, en qué pensando, a dónde iría, yo enmudecido por la sorpresa y sin poderle gritar papá espera, quieto, plantado y Carmenrosa tironeando de mi brazo, lo dejé ir, lo dejaba ir, escapar, se perdió entre la gente, se perdía entre la gente que bullanguera y dichosa acrecentaría hasta los límites de lo inhumano esa angustia que vislumbé en su cara, esa cara que se prenderá hasta el final en mi alma, esa angustia tan inimaginable, ¿por qué no vuelves a casa, papá? ¿por qué en lugar de tu dinero no vienes tú? papá de imprevisto había aparecido, desaparecido, Carmenrosa de mi brazo preguntando ¿qué te pasa, Tito?, nada nada, papá se perdía de nuevo y para siempre, más viejo que lo había estado en mi imaginación, más desharrapado que en mi imaginación, y yo estudiando con su dinero, con su sangre hecha dinero, y todos en casa viviendo de su dinero, de su agonía tras un escritorio hecha dinero, ¿por qué nunca has vuelto, papá? ¿qué pasó entre ti y mamá, qué fue lo que pasó, qué culpa tenemos tus hijos para que no te acerques ni a vernos, qué?, Carmenrosa volvía a preguntarme qué me pasaba ahí tan callado y mirando al suelo y la jeta triste que, y yo le volví a mentir que me daba pena en una noche como ésta, de alegría, que haya gente pobrecita que no tenga para llevarse a la boca y mira a nosotros felices y comeremos y cantaremos y beberemos como si estuviéramos solos sobre

la tierra y todo fuera dicha y alegría porque Dios nace para salvarnos y, Carmenrosa sonrió apretándose contra mi brazo y diciéndome no seas bobera que la vida es así y nadie puede cambiarla y que para que haya mundo tiene que haber de todo, bobito, y que gracias había que darle a Dios porque nosotros tengamos al menos ilusión ¿no? y yo le sonreí mentiroso y triste que sí que tenía razón y volvió a apretarse contra mi brazo ¡Dios, papá, Dios!, un viejo borracho cantaba que esta noche es Nochebuena y mañana es Navidad. Luego me dormí, creo. Y sería antes de las seis pues no oí que mamá se preparara para ir como siempre a la misa del alba.

Santiago tenía que contármelo, era su última hazaña y no había tenido ocasión para ello el día anterior. Y como no lograba aguantarse las ganas, me despertó nada más vino del baño y antes de que comenzara a vestirse. Le pregunté la hora, por inercia. Creo que me dijo que más de las doce, me viré hacia arriba con los ojos cerrados pues la claridad cegaba y le dije di, aunque yo ya había sabido de la hazaña, todos lo que le cayeron al paso tuvieron que saberla y uno, no recuerdo quién, me había informado: pues que bajaba yo por la calle de los Granados, decía Santiago mientras se ponía los calcetines, tranquilito, a menos de veinte por supuesto y venía de dejar una mercancía cuando va y me sale ese Mercedes último modelo de quien ya sabes, de quien todos sabemos, por la carretera central que se encuentra con un ceda el paso al desembocar en la de los Granados y va y noto que quiere meterse sin respetar preferencia y pero yo le grité al chófer antes de que se metiera ¡eh tú, que tienes que esperar! y entonces sale el que todos sabemos, que iba atrás con su correspondiente puro habano entre los dientes, y me mira y le oigo que dice a su chófer con el desprecio de la dignidad que da el dinero, y va y le dice "tú sigue" y yo, que agallas me sobran, me arranco con un acelerón y captlán, le meto un viaje con toda el alma en el guardafangos y se lo escacho a modo, pues ¿qué se creía el tío abusón ese, hombre?, y ¿qué pasa luego? pues que luego se baja el chófer a defender la dignidad de su patrón mentando a la madre que nos parió con los peores tonos que pudo y a lo que yo maldito caso que hice, ya conocen ustedes la cachaza que me arrastro y el aguante que me trato, y vengo y con toda la calma del mundo me bajo del coche como si no hubiera pasado nada, con el cuadernito de pedidos en una mano y el lápiz en la otra y la seriedad en el rostro, miro el desperfecto en la óptica, en el parachoques, en el guardafangos de la furgoneta y sin hacer caso a los improperios del chófer, que de canijo no se atrevería a meterme mano, voy y le digo "por favor, me da el nombre de su seguro y firma aquí reconociendo que tuvo la culpa por no respetar la señal de ceda el paso", el choferito se desconcierta y mira para su amo, que oía todo y que mascaba el habano y que le dice al pobre chófer que suba y que arranque y que me vaya yo a la mierda, pero entonces yo, más rápido, me subo a la furgoneta, le doy al arranque, la pongo en marcha y me le atravieso al Mercedes, "eso sí que no" dije "de aquí no sale hasta que no me digan su seguro y me firmen que tuvieron la culpa del choque", ya los claxonazos de los coches que se embotellaban hacían asomar a las gentes a sus puertas y ventanas, y el que todos sabemos se baja del coche y se pone al lado de su chófer y me dice tras tirar el habano al suelo que qué me pasaba, que qué modales son éstos, que sí no veía quién era él,

que "mire, señor, yo sabré quién es usted, pero su seguro paga el roto de mi furgoneta o no me muevo de aquí", los claxonazos eran cada vez más numerosos y apareció un motorista a ver qué pasaba, empecé a hablar pero me mandó a callar y se dirigió al que todos sabemos, que dio su versión, lo que no satisfizo al motorista, claro, pero éste, caliente, va y me dice que, si quiero, que denuncie, pero que no interrumpa el tráfico o me mete una multa y yo le dije que sí que denunciaría, no faltaba más, y que por favor me diera el número de su placa por si hacía falta de testigo pues yo

Santiago, ¿hace mucho que no ves a papá? le pregunté. Desde mis ojos cerrados noté que le había cogido de sopetón mi pregunta. "Pues sí, tanto que ni me acuerdo". ¿Sabes dónde trabaja? "Pues no". ¿De verdad? "De verdad, ni me interesa". Luego hubo un silencio y él se volvía a anudar la corbata. ¿Ni dónde vive? Tardó en contestarme, quizás fastidiado por no haberle dejado terminar el cuento de su hazaña: "no, ni me interesa". ¿Sabes qué pasó entre mamá y él para que se fuera un día y jamás volviera ni a vernos? "No". ¿De verdad? "Te he dicho que no, carajo, y te repito que me importa un cojón". Ayer por la tarde lo ví. "Por mí que le den morcilla" dijo ya en la puerta y antes de dar el portazo. Desde mis ojos cerrados lo oí cantar abajo, en la cocina quizás, y mientras bromeaba con mamá, quizás, eso de: esta noche es Nochebuena y mañana es Navidad, abre la puerta María, que me quiero emborrachar.

Las Palmas, 26, octubre, 1975.